

expulsar á muchos de los que habían sido admitidos, no ha podido conseguir que entrasen sino unos cuantos de los que habían sido desechados. La Opinión continúa todavía negligente y perversa; porque como ha sentido con frecuencia el azote del Ridículo cuando no lo ha merecido, el temor no ha servido más que para confundirla, de modo que las intenciones de la Razón quedan frustradas involuntariamente.

¿Cómo podrá el Honor, pregunté yo, distinguir á los que desea recompensar? Serán distinguidos, replicó el sabio visionario, en las regiones de la Inmortalidad, á las cuales serán al fin conducidos por el Tiempo, que no permitirá que sean por último mal recompensados.

Mientras oía yo esta réplica con los ojos clavados en el templo, repentinamente desapareció: las nubes negras que vagaban suspendidas sobre la llanura del Vicio, estallaron despidiendo rayos; la montaña en que yo me hallaba se hundió bajo mis pies, y el estremecimiento de tan súbito terror me despertó.

SEDUCTORES.

ESCRITO DE STERLE.

(Publicado en el Espectador de Londres.)

Todo lo que toca á la vida humana es de mi resorte, y por eso me lisonjeo que los lectores no llevarán á mal les comunique las siguientes cartas, y que tendrán la bondad de creer que el crimen citado en ellas, sólo me es conocido por mis corresponsales.

SEÑOR ESPECTADOR.

Me asombra que entre todos los vicios enormes de que ha hablado Vd., no haya dicho nada del comercio ilegítimo con las mujeres, y sobre todo, de los lazos que se les tienden; quiero decir, que es un asunto digno de la pluma de los redactores del Espectador el manifestar la bajeza y la infamia de engañar ó de seducir á las jóvenes. Ha de estar Vd. en que yo soy del número de estas desgraciadas, y eso por las solapadas insinuaciones de un insigne bribón, que se manejó de la misma manera con varias otras antes de causar mi ruina. Luego que este miserable me abandonó, tuve

bastante resolución y virtud para no correr el gallo, como suele decirse, y para tratar de ganar mi vida por medio del trabajo, en un rincón obscuro, lejos de mis antiguos conocidos.

Es ocupación ordinaria de un hato de vagamundos el escribir cartitas amorosas, enviar recados y señalar citas á las muchachas aturdidas que no conocen el mundo, y después de haberlas seducido, abandonarlas sin misericordia á la vergüenza, la miseria, la infamia y la desesperación. Si Vd. leyese las sandeces que se escriben con este motivo y los suspiros que exhalan al leerlas estas inocentes criaturas, se reiría de buena gana, al paso que se compadecería de ellas. Hace algún tiempo que una muchacha aprendiz en mi humilde establecimiento de modas, es solicitada por un caballero que trota las calles muy almidonado, y atrae los ojos de todas nuestras costureras. Desde que llegó esta intriga á mi conocimiento, quité las plumas, la tinta y el papel á mi aprendiz; pero el otro día que el caballero me mandó hacer unas corbatas, salí de mi tienda ordenando á la citada aprendiz que las colocase en una caja de cartón, para que las entregase al criado que viniese á buscarlas. Cuando regresé á mi tienda, envié fuera á la muchacha para desempeñar una comisión, y entretanto examiné la caja, en cuyo fondo encontré estas palabras escritas de su puño. *¿Por qué quiere Vd. arruinar á una criatura inocente que no puede menos de tenerle amor?* y encima de la cubierta estas otras: *Es imposible resistir á tantos atractivos; y luego en uno de los extremos: Esta noche á las nueve, encuéntrese Vd. en un coche bajo los álamos de la plaza nueva.* Esto bastó para alarmarme. No obstante, envié la caja con las corbatas al seductor y me propuse estorbar el hecho convenido. Dos horas antes de la señalada para la cita, hice varias preguntas á la bribonzuela y encontré en un baul varios billetes impertinentes, y entre ellos un escrito en que su amante le había hecho creer que le daría una pensión anual de 250 pesos. Desde luego distinguí en el baul varias piezas de ropa que me pertenecían, y también unos cortes del mejor raso negro de mi tienda, y que la ladronzuela destinaba para corbatas de su seductor. Me dió tanto más gusto encontrar este robo, cuanto que podía yo jurar en conciencia que él había sonnacado á la muchacha para que dejase mi servicio y había tomado parte en el robo. Fundándome en esto, obtuve una orden para que pudiese ser preso, y cuando se hallaba todo dispuesto y se acercaba la hora tierna de la cita, instruida de lo que en tal caso tenía yo que hacer, por la tonta y cruel experiencia que había yo adquirido en cabeza propia, encerré bajo llave

á la aprendiz, y como mi estatura es tan parecida á la suya que fácilmente podría tomárseme por ella en la obscuridad, cubierta en mi rebozo entregué el baúl al criado del enamorado, que vino á buscarlo con las señas convenidas. Yo lo seguí hasta el coche, y apenas vi que entregaba el baúl á su amo cuando me puse á gritar con todas mis fuerzas: ¡ladrones! ¡ladrones! y los guardas serenos apostados en las cercanías acudieron y prendieron al galán. Yo me estuve un poco distante, y cuando vi reunida mucha gente me acerqué para declarar que los efectos que se hallaban en el coche me pertenecían, y tuve el gusto de ver conducir al bello caballero al próximo cuerpo de guardia, con los efectos robados que debían servir el día siguiente de cuerpo de delito. Este es un hecho de notoriedad pública, pero contenta yo con haber salvado á mi aprendiz, y obligado á su amante á pagarme un año de la pensión que había prometido á su querida, desistí de mis pretensiones. Confieso que con esto he recibido aquel algún castigo; pero ¿basta, Señor Redactor, para una infamia de consecuencias mucho más perniciosas de las que podrían resultar del robo por el cual habría yo podido obtener que la justicia condenase al culpable? ¿No debería Vd. en ventaja propia, y de todos los que tienen algún principio de honor y de virtud, poner las cosas bajo mejor pie, y hacer de modo que semejante malvado no pueda burlarse impunemente del crimen de que era bien culpable, y que temiese de ser acusado del que produjo su arresto?

En una palabra, Señor Redactor, en poder de Vd. está, y si no me engaño, en el de todos los honrados escritores públicos, el hacer que el acto de robar el honor á una pobre criatura, sea tan infame como el de robarle sus vestidos. Espero, pues, que sobre esto hará Vd. sus reflexiones; pero yo no puedo menos de decirle, que si hace treinta años se hubiese realizado esta idea tan justa, no habría yo vivido pobre y avergonzada.

Soy de Vd. Señor Redactor, su muy humilde servidora. — *Magdalena, modista.*

SEÑOR ESPECTADOR.

Se dirige á Vd. un hombre que procura divertirse en la ciudad; pero por la estupidez de un miserable juez de paz y la insolencia de un comisario de manzana, bajo el juramento de una malvada vieja, me veo preso por robo, cuando no tenía yo más mira que una galantería. Este magistrado nocturno habló varias veces de Vd. al conducirme preso, diciendo que mi aventura procuraría

asunto muy á propósito para un artículo del *Espectador*. Pero Señor Redactor, me lisonjeo de que tiene Vd. mucho talento para tomar el partido de estos ministriles y demás gente de corchete. Se halla tan cambiado el mundo de pocos años á esta fecha, que no se presentó un solo hombre para romper la cabeza á uno de los serenos en favor mío, y que impidiese que fuese yo conducido preso como ladrón ratero. Si esto continúa así, no habrá ya alegría ni placeres. Hubo un tiempo en que todos los relajados de la vecindad habrían venido á socorrerme, á pesar de los esfuerzos de los maridos celosos. Si la galantería es escandalosa, la mitad de las lindas novelas escritas por los mejores talentos del siglo, deberían ser quemadas por las manos del verdugo. ¡Hé! Señor Espectador, no sea Vd. ridiculo; después de haber tratado de varios asuntos con tanto acierto, no vaya Vd. á echarlo á perder escribiendo de modo que ningún hombre civilizado quiera leer sus escritos. Sea Vd. fiel al amor y que me á Séneca. Sin duda que Vd. no espera ver mi firma en esta carta, visto el lugar en que la escribo, pero le aseguro que soy, aunque desconocido suyo, su afectísimo, etc.

COQUETAS TAIMADAS.

ENSAYO DE STEELE.

(Tomado del *Espectador de Londres.*)

..... Miseri quibus
Intentata nites!
HOR. LEB. I. ODA V.
Miseri aquel y triste
Á quien sin experiencia
De la hermosura, Pirra,
El brillo falaz prenda!
BURGES.

Los informes que me envía uno de mis correspondales son tan importantes y útiles para que el público evite las personas de quienes habla, que paso á insertar su carta, sin supresión ninguna:

SEÑOR ESPECTADOR.

No tengo yo conocimiento de que haya Vd. hablado de ciertas mujeres taimadas, y creo emplearía bien su tiempo, examinando y

describiendo á estas peligrosas criaturas. La coqueta se acerca en verdad á la taimada, pero la primera sólo se ocupa de admirarse ella misma, y de difundir falsas esperanzas á sus adoradores; á la vez que la última, no contenta con ser muy amable, tiene el placer maligno de atormentar á los otros, de modo que cuando el amante se lisonjea de ser enteramente correspondido, la taimada le mostrará de pronto una fría indiferencia, y volviendo la cabeza de otro lado con aire desdenoso, se asombrará de que él extrañe ser recibido friamente. El desgraciado, en vista de esto, se retira á su casa triste y abatido; toma la pluma y le escribe en los términos más sumisos *que no sabe de dónde puede venir su desgracia; que siempre ha procurado complacerla; que ella era el consuelo y único placer de su vida, y que se encuentra de lo más apesadumbrado por haber perdido tan grande dicha.* Deja de verla por algún tiempo; tascá su freno en secreto, suspira y se consume. En fin, se resuelve á tentar la fortuna, teniendo una explicación con ella sobre su extraña conducta. Va, pues, á verla, temeroso del recibimiento que le hará; pero apenas lo divisa ella, cuando corre á sus brazos, asombrándose de su larga ausencia; lo culpa de indiferente, y lo trata con una familiaridad tan grande, como el resfrío que antes le había manifestado. Esta buena acogida dura hasta que la bella se da cuenta de que su amante se felicita de su suerte, y entonces vuelve ella de repente con otro arranque de frialdad; porque, como llevo dicho, todo el placer de la taimada consiste en atormentar á los otros. El caprichoso feble de estas mujeres, continúa hasta que ya no tienen encantos que lo hagan soportable. Corina, que subyugaba antes los corazones de todos los que la trataban con sus miradas afectadas y sus arrumacos inocentes, que parecían nacidos de la inclinación que tenía por el hombre que ella trataba de hacer caer en sus redes, encuentra hoy que todas sus astucias son inútiles, y se ve reducida á tramar intrigas, escribir cartas ambiguas, y cautivar así el corazón de los jóvenes, hasta que éstos notan la especie de pájaro que es ella. De este modo, la que disfrababa antes su inclinación para atormentar á sus adoradores, se ve obligada á mostrarla hoy para lograr su objeto y ocultar su persona.

Con gran sentimiento confieso á V., Sr. Espectador, que yo he sido chasqueado por estas criaturas desde mi más tierna juventud. Mi gusto me inclinaba á las intrigas amorosas, y á entrar en relaciones con mujeres vivarachas y traviesas, de manera, que pasé la vida en un remolino de torpes engaños; pero con el fin de que los jóvenes aprovechen de mis desgracias, referiré á Vd. en pocas

palabras la historia de algunos de mis amores. No sé si habrá Vd. oído hablar de una mozueta conocida en la ciudad más por el nombre de *La Huesitos*, que por su verdadero apellido. Con rubor diré á Vd. que yo mantuve á esta criatura, pues era la moda que todo joven de proporciones mantuviese una querida.

La Huesitos, bajo las apariencias de la inconstancia, irregularidad y atolondramiento de sus palabras y acciones, era la taimada más completa de su tiempo. Su indolencia tenía para mí cierto atractivo, como si fuese castidad con los otros, y la moderación de sus apetitos carnales me parecía tener el mérito de que podía vencerlos. Sea lo que fuere, ella se mostraba aturdida, y cuando yo le hablaba de mi amor, me quitaba el sombrero de la mano, lo colocaba en su cabeza, se miraba al espejo, tomaba mi bastón, jugaba con él y hacía mil niñerías de esta naturaleza, hasta que pasaba el tiempo que delicaba yo á visitarla. Yo me retiraba encantado de tener á mi disposición una muchacha alegre, que aunque muy indiscreta para agradarme, me parecía fría é indiferente para pegármela con otro. Su compañía me sirvió largo tiempo para pasar las horas enfadosas de mi ociosidad, y aunque yo no estuviese seguro de su fidelidad ni de su perfidia, reía yo muchas veces de mí mismo del necio placer de mantenerla á mi costa, hasta que por fin la cogí in fraganti con mi propio criado, y se vió después en cinta, por obra, sin duda, del mismo tunante.

Esta aventura me llenó de indignación contra todas las mujeres libertinas, sean cuales fueren las apariencias bajo las cuales oculten su perfidia, y desde entonces decidí no tener más relaciones que con las que observan las máximas del decoro y del honor. Con tal objeto llevé una vida más arreglada, me ocupé en hacer visitas, frecuentar las tertulias, dar el brazo á las señoritas al salir del teatro, y desempeñar todos aquellos deberes importantes á que siempre se hallan dispuestos los admiradores del bello sexo. Heredero de una fortuna considerable, los padres y las madres comenzaron á considerarme como un partido muy ventajoso para sus hijos, de modo que no me costó ningún trabajo introducirme en las mejores casas; pero por el desgraciado influjo de mi estrella me apegué tres veces consecutivas á mujeres taimadas.

La primera, llamada Aspasia, era una de aquellas que afectan un aire melancólico é indolente, y tratan de atraerse admiradores, simulando ver con indiferencia á todos los que la rodean. Se paseaba medio recostada en los cojines de pluma de su coche abierto,

con aire tan grave, que apenas se concebiría que todos sus pensamientos sólo se ocupasen de sus vestidos, y de los encantos de su postura reclinada. Si la comparación no fuese baja, diría yo que Aspasia, bajo la figura en que quería aparecer, era una araña en medio de su tela que espera atrapar todas las moscas que se le acercan. Era tan sutil el lazo que tendía, que se veía uno preso antes de comprender ninguna parte de su obra. Largo tiempo me fatigué en perseguirla; pero llegué á descubrir que todo su desseo se reducía á ser admirada, y que no le daba ningún cuidado la inconstancia de sus amantes, con tal que pudiese lisonjearse de que la habían enamorado.

Melisa fué la segunda á quien dirigí mis votos, y su feble consistía en robar á las otras sus adoradores, sin manifestarse sensible del amor que éstos le manifestaban. En pocas palabras, Melisa no era la querida de nadie; pero si la rival de todas las mujeres.

Luego que noté esto, dirigí mis ojos sobre Cloe, que es en el día todo mi placer y todo mi tormento. Le he escrito cartas amorosas, bailado con ella, batídomé por su causa, y hace dos años que toda la ciudad considera nuestro casamiento como decidido. Yo mismo creía haber llegado al colmo de mis descos, cuando hace muy pocos días me condujo á su gabinete, y me dijo con el aire más serio del mundo, que era mujer de honor, y que jamás engañaría á un hombre que como yo le había manifestado tanta amistad, que se creía obligada á decirme de buena fe que su corazón era de lo más inconstante, y que así me suplicaba abandonase yo el designio de casarme con ella, aunque siempre estaba dispuesta á complacerme, si yo insistía en ello; pero que no podía menos de prevenirme que había comenzado á amar á otro. No sé, pues, qué partido tomar en este caso: tenga Vd. la bondad, Sr. Espectador, de darme un buen consejo, seguro del reconocimiento de su servidor, etc.

AMANTES VILES — CASADOS INDECENTES.
ELECCIÓN DE MARIDO.

(Tres cartas publicadas en el Espectador de Londres.)

SEÑOR ESPECTADOR.

Me lisonjeo de que no sólo compadecerá Vd. el triste y penoso estado en que me veo, como muchas otras de mi sexo, sino lo

que es más, que tratará de remediarlo. Espero igualmente, que no se dará Vd. por ofendido creyendo que trato de justificar una imprudencia criminal, ó disponer su ánimo para que me disculpe, cosas enteramente ajenas de mi pensamiento; tanto más, cuanto que no ignora que Vd. en algunos de sus discursos, ha censurado vivamente á las personas culpables de semejante intención.

Apenas había yo cumplido diez y siete años, y me hallaba, aunque me esté mal el decirlo, en la flor de mi belleza, cuando un hombre pérfido, maldito y cobarde, me enamoró, y bajo promesa de casamiento, me hizo la más desgraciada de las mujeres. Después de seducirme y obligarme á dejar á mis padres, honrados y respetables, me abandonó al cabo de tres meses. Mis padres, sin embargo, no quisieron verme ni oír hablar de mí; y puede asegurar á Vd., Sr. Espectador, que literalmente habría yo muerto de hambre, sin el socorro de una criada que había servido en mi casa. Plugo pronto á la Divina Providencia, librarme de situación tan triste y miserable: un hombre de bien me vió, me amó y se casó conmigo; pero antes me reconcilié con mis padres, y ahora podría yo ser tan dichosa como fui antes infortunada si no fuese porque hay en el mundo entes viles que me son insuportables. No dudo, Sr. Espectador, que el honor y compasión de que se halla Vd. dotado, no le estimulen á advertirles en el periódico que redacta con tanto acierto, que su manejo respecto de mí es muy indigno. Hace cinco años que soy casada, y no recuerdo haber salido á la calle sin la aprobación de mi marido. Reducida á ceder á las importunaciones de algunos de mis parientes, salgo fuera de mi casa con más frecuencia de lo que yo quisiera, ó por mejor decir, ese monstruo, frecuenta todos los lugares á donde yo voy. Es tan vil, que porque no quiero admitir sus citas ni sus visitas, hace todo lo que puede para deshonorarme. Me dejó destituida de recursos y de amigos, y nunca se dignó informarse de mí, hasta que por desgracia me vió en el teatro adornada de diamantes en uno de los mejores palcos. Entonces fué cuando se renovó su pasión, y que el hipócrita pretendió arrepentirse de sus indignidades, y también entonces volvió á poner en obra los viles artificios que le habían servido para perderme. Aborrezco y detesto su pasión indigna; y como él no puede menos de notarlo, hace cuanto puede para denigrarme. Nunca deja de presentarse á mis ojos en las reuniones públicas, mostrándose de lo más solícito para dar vuelo á su ma-

licia. En una palabra, ha referido nuestra desgraciada aventura á todos sus amigos, que son numerosos, y éstos no han guardado el secreto, de modo que muchos se consideran con derecho para familiarizarse conmigo. Si me saludan, y que por urbanidad tengo yo que corresponderles, se toman entonces ciertas libertades que no me son menos desagradables que á las personas que me acompañan. Si vuelvo los ojos de otro lado, ó que les parezca yo enojada, se irritan y se dicen al oído: *aquella es; fulano es quien le anda más de cerca*; hasta que en fin, los ojos de toda la concurrencia se fijan sobre mí. Inventan además, mil mentiras en perjuicio mío, bajo la falsa idea recibida en el mundo, que *la mujer que ha concedido á un hombre los últimos favores puede concederlos á ciento*. Ruego, pues, á Vd. señor redactor, prevenga á los culpables, que semejante proceder es de lo más vil. No dudo que el autor de mi desastre conocerá que Vd. se dirige á él, y aun puede ser que los consejos de Vd. le estimulen á oponerse á la insolencia de los otros. ¡Qué cruel y triste es la suerte de muchas mujeres, al ver que los hombres se jactan de lo que ocasiona nuestro bochorno y nuestra desgracia! Vd. tiene el talento de hacer detestar acciones tan odiosas como ésta. Procure Vd., pues, en obsequio mío, y de tantas otras que han caído en el mismo infortunio, aunque no se atrevan á confesarlo; procure Vd., repito, demostrar que jactarse de los favores recibidos de una mujer ó denigrar la reputación de nuestros sexo, no es menos indigno, que recibir un mentís ó un bofetón, sin dar señales de resentimiento. Del número de los que leen y admiran los discursos de Vd., es su muy atenta servidora.

— *Lesbia*.

SEÑOR ESPECTADOR.

Suplico á Vd. tenga la bondad de censurar una indecencia muy grande, harto común y que no creo haya sido hasta ahora señalada en su periódico. Me refiero á ciertas libertades que muchos casados de mala educación se permiten en la sociedad, y de la ternura fuera de propósito que los maridos y mujeres suelen atestiguar. Hablan y obran como si la modestia sólo fuese para las doncellas y los adultos; y note Vd. que hacen esto en presencia de unas y otros. Hace pocos días me hallaba yo en una casa en que había señoritas solteras, y en la que dicha libertad fué llevada tan lejos, que yo, tímido de carácter, perdí toda mi serenidad. Una Doña Petra que se hallaba en cinta, no habló más que de lo difícil que le era calcular justo, y de saber la semana precisa de su alum-

bramiento; nos dijo que conocía mujeres que podían señalar el día y hora. En seguida se puso á echar morisquetas á una joven inexperienced, que se había equivocado de un mes. Cuando llegó su marido le ocurrió hacerle preguntas bastante desenvueltas, que aquél no quiso responder. *Vaya, vaya*, dijo ella entonces *yo le obligaré á respondermelas esta noche*. Pero temiendo caer en la misma falla que voy censurando, me detendré, reiterando á Vd. mi súplica, señor redactor, de que busque un medio para evitar estas indecencias, porque el matrimonio es cosa sagrada, y no se debe hablar de sus misterios sino con discreción y respeto.

Soy de Vd., etc. — *Putibundo*.

En el buzón destinado á recibir las cartas dirigidas á nuestro periódico, se ha encontrado la siguiente de una señorita que desea contestación á varias preguntas. Laconicamente se la damos, poniendo nuestra respuesta al pie de cada una de ellas.

SEÑOR ESPECTADOR.

El 8 de Noviembre próximo pasado, cumplí 16 años, y por consiguiente debo ya pensar en establecerme en el mundo; pero quisiera yo tuviese Vd. la bondad de aconsejarme lo que debo hacer con Pancho Pulido, que hace algún tiempo me enamora. Es joven muy bien parecido, de ojos negros y los dientes más blancos que en mi vida he visto. Aunque todavía es menor de edad, se viste como un hombre distinguido, y nadie le iguala en la gracia con que se presenta en una tertulia. Sé que ha rehusado varios partidos ventajosos, y si no logra obtener mi mano está resuelto á no casarse con ninguna otra. Pero con motivo de haberme enviado el otro día unos versos, porque es uno de los mejores poetas, papá le prohibió la entrada en casa, dando por razón que mi hermana mayor debe colocarse antes que yo. Dicha hermana tiene el descaro de insinuar que Pancho me engañaba, y que me hará perder la chaveta. En todo caso yo estoy resuelta á casarme con él, aunque no fuese más que para hacerla rabiar. Pero como con todo esto no quisiera yo dar un paso en falso, suplico á Vd. dé á las siguientes preguntas las respuestas convenientes, y que las inserte en su periódico. No dudo que me serán favorables y que podré seguir las al pie de la letra.

Quando Pancho Pulido me mira durante una hora, y me llama Ángel mío, ¿no es verdad que es una prueba segura de que está enamorado de mí?

Respuesta: *No.*

¿No es verdad que debo esperar que será tierno y generoso conmigo, puesto que me ha prometido darme la mitad de mi dote para comprar alhajas, y también que tendremos coche propio?

No.

¿No es cierto que me encuentro yo, más que mis padres, que sólo lo han oído hablar en la mesa, en estado de juzgar de su mérito, visto que va para un año que le conozco?

No.

¿No soy ya de una edad conveniente para elegir marido?

No.

¿No habría yo cometido con él una grande grosería, si hubiese rehusado un rizo de sus cabellos?

No.

¿No sería yo la más inhumana de todas las criaturas, si no tuviese lástima de un hombre que sin cesar suspira por mí?

No.

¿No me aconseja Vd. que huya yo con este pobre joven.

No.

¿No cree Vd. que si lo abandono, podrá, llevado de la desesperación, echarse en el río y ahogarse.

No.

¿Qué le diré la primera vez que volviere á preguntarme si quiero casarme con él?

No.

AMOR INTERESADO DE LOS HOMBRES.

ENSAYO DE STEELE.

(Publicado en el Espectador de Londres.)

Las siguientes cartas me parecen tan francas y juiciosas, que no puedo menos de insertarlas en mi periódico.

SEÑOR ESPECTADOR.

Aunque Vd., en todos sus escritos se muestra el abogado y amigo de nuestro sexo, no recuerdo haya Vd. hablado expresamente del móvil interesado de los hombres en la elección de sus mujeres. Si tuviere Vd. la bondad de meditar un poco sobre este particular,

pronto hallaría que la condición de muchas personas de mi sexo, es muy desgraciada, visto que por las leyes de la costumbre y de la modestia, nos es prohibido requerir de amor al objeto de nuestros deseos, y que no podemos esperar vernos solicitadas de los que amamos, si nuestros bienes de fortuna no son proporcionados á los suyos. Con todas estas desventajas, me veo reducida á dirigirme á Vd., Sr. Espectador, esperando tendrá la bondad de publicar cuanto antes, la carta adjunta, en que declaro mi pasión á un hombre que hace algún tiempo, ha dado ciertos pasos equivocados para obtenerme. No dudó en lo más mínimo que me ama con ardor; pero la desigualdad de fortunas le desvia del pensamiento de casarse conmigo, por temor del qué dirán. Persuadida por otro lado, de que le sobra discernimiento, creo que se ha imaginado, por haberlo mirado yo el otro día un algo enajenada, que podría obtenerme á *precio más barato*, según suelen decir los hombres. Confieso á Vd. que estoy de lo más apesadumbrada, y pues Vd. conoce perfectamente, hasta dónde va la delicadeza del amor y de la honradez, me perdonará si me apresuro, sin más ceremonia, á comunicarle la carta que le destino. Le nombro *Oróndates* para que si el resultado no corresponde á mis esperanzas, todo esto tenga aire de novela; pero si logro la dicha de ver realizados mis deseos, prometo á Vd. un par de guantes el día de mis bodas, que le serán enviados de mi parte, bajo el nombre de Urania.

Carta á Oróndates.

SEÑOR MÍO.

Después de haber sufrido los más crueles incertidumbres, y rumiado multitud de pensamientos tumultuosos, en busca del medio más adecuado para abrir á Vd. mi corazón, y pedirle explicaciones de sus sentimientos respecto de mí, he tomado, por fin, el partido de servirme de este conducto, que presenta la ventaja de descubrirme á Vd., ó de dejarme cubierta bajo una máscara en caso que Vd. lo decida así. Sea lo que fuere, si mi carta no produce el buen efecto que espero, toda la negociación quedará sepultada en eterno olvido, y no se hablará más; pero ¡ay! ¿qué paso voy á dar, aventurándome á confesar á Vd. que le amo? Con todo, después de haberlo dicho, sepase Vd. que á pesar de la pasión más fuerte, que haya inflamado un corazón tierno y amoroso, tendré la fuerza de desterrar á Vd. para siempre de mis ojos si llego á

convencerme que sólo piensa en atentar á mi honor. Mas, ¿ por qué, estimado señor, sacrificaría Vd. la dicha esencial de la vida, á la opinión del mundo, que no tiene más fundamento que el error y la preocupación? Todos los hombres pueden darse cuenta de que las puras riquezas no son capaces de hacerlos dichosos; y con todo eso, renuncian á todas las ventajas que no se encuentran sostenidas por los bienes de fortuna. Pues que el mundo es tan depravado, que la religión es la única guía que se nos ha dejado á nosotras, pobres mujercillas, y que Vds., los hombres, obran por lo común según los dictados del interés y de los placeres, no discurriré con Vd. sino sobre lo que puede serle más ventajoso en calidad de hombre de mundo. Si pudiese Vd. obtenerme por su mujer, ó por su querida, pretendo demostrarle que lo primero le sería infinitamente más ventajoso, y que de ello le resultaría la mayor satisfacción.

Supongamos que la noche señalada para nuestra cita ha pasado ya, y que nos encontramos en algún rincón obscuro de la ciudad, elegido por Vd. para gozar todas las dulzuras que su loca imaginación le promete, en posesión de la que se halla aún en la flor de la juventud, y ha conservado hasta ahora su honor, pronto se vería Vd. hartado de mi persona, á pesar de las gracias que pueda yo poseer, y de toda la jovialidad propia de mi carácter. Cuando la imaginación de Vd. hubiese quedado satisfecha sentiría el vacío y la nulidad de todo lo que ella había prometido, y entonces, ¿ qué habría sido de aquella inocencia que tantos encantos tenía para Vd.? Desde el momento que seiese Vd. solo, encontraría que el placer del disoluto no es más que el de un destructor, que envenena todos los frutos que lleva á la boca, y que por todas partes en que el bruto ha pastado, no queda nada digno del hombre. La razón recobra su lugar, luego que la imaginación se ha saciado, y yo tendría el bochorno y pesadumbre de ser causa de las inquietudes mortales de Vd., de recibir sus visitas á escondidas, y de pasar el resto de mis días en el crimen y la soledad, compañeros muy impropios para vivir unidos. No insistiré sobre la vergonzosa obscuridad en que por fuerza tendríamos que vivir, sin frecuentar los paseos, y sin ver á las gentes honradas, las cuales evitan todo contacto con las que llevan una vida irregular; pero dejaré que reflexione Vd. un poco sobre esto, querido señor, imaginándome que quizá tiene alguna experiencia de esta vida, que yo sólo conozco idealmente.

Por otra parte, si fuese Vd. tan bueno y generoso para elevarme

á ser su esposa, puede esperar de mí, toda la sumisión y toda la ternura que la gratitud es capaz de inspirar á una mujer virtuosa. Todo el placer que puede gozarse con una persona agradable, toda la complacencia que debe esperarse de un buen natural, todos los consuelos que sabe prodigar una amistad sincera, todas estas cosas puede Vd. contar que las recibirá como debidas á su generosidad. En caso que pudiese Vd. lograr el mal desigño que hoy tiene formado contra mí, experimentarí Vd. en seguida un pesar y un verdadero hastío, á la vez que los raptos de un amor virtuoso, son la vigésima parte de la dicha que lo acompaña. Los arrobamientos carnales de una pasión inocente, se asemejan á los relámpagos comparados con la luz del sol, se puede decir que interrumpen más bien que aumentan la alegría.

¿ Cómo tendré valor para decir á Vd. directamente que se case conmigo? No ignoro que entre esta dicha y yo, existe la hija orgullosa de un hombre que puede darle un dote proporcionado á la fortuna de Vd.; pero si pone Vd. en la balanza la conducta de una mujer que le iguala en bienes de fortuna, y que espera además una viudedad considerable, con la de otra que se creará honrada y sería á V. deudora del favor de ser admitida en su lecho, ¿ cuál de las dos querría Vd. elegir? Quizá deseara Vd. á veces divertirse fuera de su casa con sus amigos, en cuyo caso aquella creería que Vd. la ve con indiferencia, y buscaría ocasión para hacer gastos que correspondiesen al papel que representa Vd. en el mundo. Necesario sería que ella pensase en la suma de dinero que trajo á Vd. con su casamiento, y yo en aquella con que se sirviese Vd. enriquecerme. El trato de Vd. con ella tendría el aire de un contrato, y conmigo el de una íntima amistad. La alegría reinaría en mi cuarto cuando Vd. entrase, y cuando saliese, mis votos más tiernos le acompañarían por todas partes. Pregúntese Vd. á sí mismo si no le gustaría disfrutar toda su vida el placer de haber favorecido á una persona agradecida, que jamás olvidaría tan señalado favor: tal sería la situación de Vd. conmigo. En el otro matrimonio habría siempre una oposición continua de favores, y jamás gustaría Vd. el placer que resulta de conferir ó recibir beneficios.

En resumidas cuentas, quizá preferiré V. obrar según las reglas de la prudencia humana. No sé qué partido tomar cuando un pensamiento tan triste se apodera de mi espíritu; pero si es Vd. dueño de hacerme una mujer agradecida, persuádase de que no me abandonaré ni seré jamás su indigna mancha.

LOS FAVORITOS DE LAS MUJERES.

ESCRITO DE STEELE.

(Tomado del Espectador de Londres.)

Nada puede procurar materia más entretenida para un artículo de mi periódico, que la historia de los favoritos que suelen hallarse á la moda entre las mujeres; sobre todo, si cada una de éstas dijese de buena fe lo que la ha animado á dar la preferencia á tal ó cual, y si cada hombre confesase por qué clase de acciones ó de vestidos ha logrado ser correspondido de ellas. En cuanto á mí, me es tan fácil conocer que un hombre se haya vestido para agradar á las mujeres, como de verlo equipado para ir á la caza. El favorito de las mujeres tiene modales y trazas enteramente diferentes del resto de nuestra especie; afecta, por decirlo así, un cuidadoso descuido en su exterior. Si los cazadores imitan el canto de los pájaros que quieren atraer á sus redes, se puede notar también que los favoritos de las mujeres tienen siempre alguna semejanza con la bella que quieren atrapar; saben todo lo que pasa en las familias; tienen siempre prontos multitud de pequeños servicios y atenciones; no ignoran lo que puede curar una jaqueca ó un resfriado, y casi nunca van sin tener en el bolsillo algún frasquito de esencias para los casos de repentino desmayo ó indisposición.

La curiosidad, que es mi pasión dominante, y me atrevo á decirlo, la única pasión de mi vida, me ha inclinado siempre á observar el curso de ciertas intrigas amorosas, y las maneras y cualidades de los que han sido más afortunados en ellas; pero á pesar de todas mis observaciones, no he conocido un solo hombre de buen sentido que haya sido favorito de las damas. Un aire singular, alguna extravagancia, una imaginación grotesca, en una palabra, lo que habria podido hacerlos menos estimados de los hombres, es lo que los ha recomendado á las bellas. Sentiria yo mucho apesadumbrar á caballeros tan afortunados como aquellos de que voy hablando; pero que los lectores repasen en su memoria la conducta de los pisaverdes viejos, y encontrarán que el hombre de venturosos amores se ha distinguido por pendencias impertinentes en favor del bello sexo, por la singularidad de sus vestidos y por una insípida asistencia cerca de las bellas. Por otra parte, para agradar

á una dama galante, es menester que el galán tenga la reputación de ser bien acogido de algunas otras; porque han de saber los lectores, que hay un celo y una envidia tan grande entre estas criaturas, que sólo piensan en sujetar á los esclavos de sus rivales. Mi amigo *Colmena*, colaborador de la redacción de este periódico y petimetre antiguo, dice que en esto consistía todo su manejo, y que para hacerse amar de una bella, sólo tenia que inspirarle alguna sospecha de que su enemigo ó su rival en hermosura no lo miraba de mal ojo. El despecho es natural en las bellas, y no pocas veces las vemos proteger á un hombre desagradable, por temor de que otra no se lo lleve. La causa de que el descarado *Donoso* sea bien recibido de todas las damas, consiste únicamente en su destreza para impedir una explicación entre ellas; se le tolera porque es la moda, y porque el ahinco de estorbarse las unas á las otras, las lleva insensiblemente á seguir el mismo tren; y lo que da más importancia á *Donoso*, es que el bribón como ellas se complacen en llamarlo, es el hombre más inconstante que pueda darse, que es muy vivo y alegre, que siempre tiene pronto algún dicho agudo, y que sobre todo, su lengua víperina se desata luego que se le provoca.

El favorito de las damas no debe ser un necio ni un hombre de buen sentido; se requiere únicamente que sepa charlar y alimentar la conversación, y no de razonar con juicio. Entre los favoritos de las damas ninguno desempeñan un papel más chusco que los voluntarios que las sirven gratis; que no esperan de ellas recompensa ni adelanto; hasta que ellas los saluden al salir de la iglesia, tomen su brazo en algún paseo, sean admitidos en las tertulias de la bella y tenga la libertad de pasar en su casa una parte de aquel tiempo que tanto les pesa. Pero hablemos sobre todo de aquellos pisaverdes que atacan el honor de todas las mujeres, y se consideran como los ingenios más brillantes del siglo, á quienes nada puede resistir. Estos caballeros conocen todas las intrigas de la ciudad, y tienen una educación que excluye las buenas costumbres, es decir, que observan cierto decoro en público, y son disolutos en lo particular.

Las mujeres que gustan enredarse en intrigas amorosas, tienen tan elevada opinión de su belleza, que no quieren que un solo hombre se les escape, ni aun siquiera uno de estos galanes de profesión. Poco acostumbradas á tratar con hombres de buen sentido, sólo gustan de las lisonjas con que se les embauca. Por mala que sea la reputación de alguno de sus amantes por su perfidia,

ellas lo estiman más; y colmado de favores de varias bellas, es considerado como un héroe victorioso que desprecia todos sus triunfos para constituirse víctima de la que lo encanta por el momento.

Si vieréis á un hombre que se da importancia en una concurrencia, que habla alto sin motivo, que no tiene consideración por las personas entre las cuales se encuentra, y que afecta maneras familiares y descuidadas, podéis decidir, sin temor de equivocaros, que ha arruinado á varias mujeres. Un aspecto arrogante, el pecho levantado, los pasos acompasados y unas miradas diestramente dirigidas á todos lados, son señales distintivas del favorito de las damas. Casi no se ven estas cualidades reunidas en un mismo sujeto; pero ¡ay! una sola basta para encadenar á varias bellas. Si alguno de los caballeros de que se trata reuniere á estos talentos un saber proporcionado, se debería advertir al público, á fin de que pusiésemos á nuestras mujeres y á nuestras hijas en lugar seguro. A veces acontece que este hombre encantador ha leído trozos selectos de algunos poemas libres y algunas comedias, y aprendido de memoria el arte de amar de Ovidio. ¡Oh! si pudiese ser tan fiel como amable! pero esto es pedir demasiado. A pesar de su perfidia las mujeres se sienten dispuestas á mostrarle afecto. *Se le concederá con gusto algún pequeño favor por el placer de oírlo conversar, ya sea que chancee sobre los amorcillos de un abanico, del cual cuenta las varillas, ó ya que invente historietas que nunca le faltan. Sin duda que merece algún perdón la fragilidad de una mujer que sucumbe á semejantes ataques.* Este es el soliloquio de varias damas que podría yo nombrar, cuando están en conversación con estos conquistadores, que no forman ningún escrúpulo de quitarles el honor y la reputación en sus corrillos particulares.

Cierto es que en la mayor parte de los amores que se forman, son preferidas las cualidades nulas á las virtudes más sólidas. Tiene tan poco temor una mujer de atraerse el desprecio de los hombres por su ignorancia y su necesidad, cuanto que está segura de ser siempre el objeto de la pasión de alguno, con tal que ella conserve su frescura y su buen semblante. Se diría que ambos sexos no se divierten en leer tantas novelas inspidas, y á frecuentar sociedades tan triviales sino para aumentar sus propios defectos, y llegar á ser un amable impostor, ó una bella pérfida.

AMORES Á LA MODA.

ENSAYO DE STEELE.

(Publicado en el Charlador de Londres.)

Quidquid agunt homines —
nostri est farrago libelli.

(JEREMAS.)

Cuanto los hombres hacen de indiscreto,
De mis ensayos mixtos es objeto.

Cuando me falta materia para mi periódico, acostumbro salir de mi habitación en busca de caza, y luego que encuentro algo que pueda convenirme, aprovecho la primera oportunidad para asentar en mi cartera los puntos principales. Suelo también examinar las cartas de mis correspondientes, y si encuentro en ellas materia de especulación, la asiento igualmente en el libro de mi colección de materiales. Con este fin llevo siempre en mi bolsa unos plieguitos de papel, llenos de ideas que parecerían ininteligibles á los que las leyesen. No hay en ellas más de obscuridad y confusión, disparates é inconsistencias. En una palabra, son mis ensayos en embrión, que, como el mundo en su caos, carecen de luz, orden, y distinción.

Ayer salí de mi casa con el mencionado objeto, y entré en uno de los cafés más concurridos de esta populosa ciudad de Londres. La suerte me favoreció encontrando allí un círculo de jóvenes elegantes, en medio del cual, Pancho Gallardo discurría sobre la pasión del amor, con aire muy satisfecho, y extremada jovialidad. Pues bien, decía él, por lo que yo conozco de la materia, nada es mejor para conseguir á una mujer, que las miradas diestras; pero no todo mueble es capaz de poseer este arte; se encontrarán veinte que la enamoren con gracia; cincuenta que se batan por ella con denuedo, y mil que sepan vestirse bien para agradarla; pero entre todos estos no habrá uno que sepa fijarle la vista hábilmente. Se requiere un tino muy exquisito para sujetar exactamente el lenguaje de sus ojos al de los ojos que la miran, sin dejar que éstos hablen á los suyos muy de prisa; como en el teatro, en los entre-actos, cuando Gambeta mira sin parpadear desde su luneta á su querida, y los amables ojos de ésta buscan en qué ocuparse para evitar el resplandor de los de su querido. Ella encuentra á éste embelesado con sus encantos y atisbando otro centelleo de sus ojos para poder arreglar el movimiento de los suyos.

Todos los jóvenes que componían el círculo se rieron á este discurso; pero Pancho Gallardo continuó diciendo: Ni se diga que esta atención es molesta, cuando un hombre encuentra estímulo, y ve que los ojos de su querida corresponden á los suyos; porque después de haber pasado tres ó cuatro horas de esta manera, y encontrado que ella le ha dirigido algunas miradas significativas, vuelve este feliz mortal á su casa con la cabeza llena de mil imágenes agradables. Pancho Gallardo continuó disertando sobre el poder de los ojos, sin designio determinado, pero con un corazón en que rebotaba el placer de sus triunfos. Como sabía yo que este joven había sido desgraciado en sus últimas empresas amorosas, me entró curiosidad de saber qué nueva aventura había cambiado su tristeza en tanta alegría, y uno de sus conocidos me puso al corriente de sus negocios. Parece que saliendo últimamente del teatro, su querida, que sabe bien lo que pena por ella, quiso, como suelen hacer las bellezas vanidosas, reanimar sus esperanzas, y se quejó á él del mucho gentío por donde tenía que atravesar. Gallardo tuvo bastante resolución y presencia de espíritu para ofrecerle el brazo, diciéndole que la conduciría hasta montar en coche. En el tránsito tartamudeó algunas palabras, y tropezó á cada paso. Su querida, contentísima de verlo cortado y lleno de embarazo, le hizo varias preguntas, propias para aumentar su confusión, y dejó caer expresamente su abanico para que él lo levantase con su acostumbrada torpeza. Este es todo el motivo en que se funda la reciente alegría de Pancho Gallardo.

La misma curiosidad que tuve respecto de éste, me entró de conocer más á fondo los negocios de su querida, asombrándome que pudiese ella divertirse con las insinuaciones amorosas de un joven de tal mérito y fortuna. Envié, pues, á mi agente secreto á la pesca de informes, y habiendo logrado hablar con el portero de la casa, en que vive la querida de Gallardo, me trajo la siguiente carta que ella dirige al campo á una de sus amigas, en la cual le abre sin reserva su corazón:

« Querida chala. — Los fuertes calores se han llevado al campo á todos mis conocidos: la ciudad está casi vacía, y lo mismo sería mi carta si no te hablase yo de mí en vez de otros. No te puedes figurar lo fastidioso que es, después de pasar un día entero en público, no verte á mi lado para comunicarte francamente todos mis pensamientos. Una relación de la carnicería que han hecho mis ojos la semana pasada, me haría aparecer muy tirana para que se me permitiese vivir entre cristianos. Me limitaré, pues, á

mis conquistas principales, que son los corazones de Paco Gambeta y Pepe Donoso, sin contar á Pancho Gallardo, que sabes arrastraba mis cadenas antes de que te fueses al campo. Ingenuamente te diré mi debilidad: comienzo á amar á Gambeta, porque tiene siempre muy buen humor, mucha paciencia para servirme, y creo que tarde ó temprano será suya. El padre de Donoso y el mío han estado en contrato sin consultarme, y Pancho Gallardo no ha cesado de fijarme la vista, sin atreverse á acercarse á mí ni hablar á mis criadas. Creo que espera cogerme, como he oído decir que la culebra de cascabel coge á la ardilla, á fuerza de mirarme, hasta que por la fascinación de sus ojos caiga yo en su boca. Donoso me ofrece un buen dote porque cree que lo merezco; pero Gallardo piensa que no hay suma que me valga. Por consiguiente, el primero no estimaría como favor la concesión de mi mano; y el alto concepto que de mí tiene el segundo, desaparecería cuando me conociese mejor: la familiaridad cambiaría igualmente en desprecio el entusiasmo del uno y la indiferencia del otro. Por eso estoy decidida á apegarme á mi antigua máxima, de elegir una especie de hombre que no tenga de mí una opinión más alta que la que esté en mi mano darle. Toda la ambición de mi querido Gambeta es ser tenido por hombre á la moda y elegante. Su afición á la moda ha llegado á tal grado, que me ha elegido á mí porque soy del gusto de toda la ciudad. Prefiero más á un hombre que me ama porque también lo hacen los otros, que á otro que sólo me quiere por su propio juicio. El que es juez de sí mismo en amor, cambiará con frecuencia de opinión; pero el que sigue el parecer de otros, será constante mientras su mujer pudiere coquetear y hacer requerimiento de amores. Las visitas que yo hago, las diversiones que doy y los obsequios que recibo, son argumentos fuertes que podré emplear con un hombre de un juicio tan secundario como el de Gambeta, á la vez que estas mismas cosas estorbarían mi felicidad con cualquiera otro. En todo caso, como Gambeta puede esperar, permaneceré soltera uno ó dos años más, para gozar del sublime placer de ser seguida y admirada, que ningún otro puede igualar, sino el de ser amada por tí.

» Tuya de corazón. — *Lola.* »

IDOLATRÍA QUE EXIGEN Y ENCUENTRAN LAS COQUETAS.

(De Steele.)

Es muy extraño considerar que una criatura como el ser humano, que conoce sus muchas debilidades é imperfecciones, se halle movida por el deseo de la fama; que el vicio y la ignorancia, la imperfección y la miseria, pretendan y soliciten hacerse en cuanto pueden, objetos de admiración.

Pero á pesar de que la perfección substancial del hombre es muy corta, su perfección comparativa pueda ser muy considerable. Si dirige los ojos sobre sí bajo una luz abstracta, no encuentra mucho de que alabarse; pero si se considera con respecto á otros puede encontrar ocasión de vanagloriarse, si no de sus propias virtudes, á lo menos de carecer de los defectos de otro. Esto comunica diferente dirección á las reflexiones de los juiciosos y de los necios. Los primeros se esfuerzan en brillar en sí mismos, y los segundos en eclipsar á los otros. Los primeros se humillan con la persuasión de sus propias flaquezas; los segundos se engríen con el descubrimiento de los que observan en los otros. Los primeros consideran aquello que les falta, y los necios aquello en que abundan. El hombre juicioso es feliz cuando obtiene su propia aprobación, y el hombre necio cuando se recomienda al aplauso de los que lo rodean.

Pero por absurdo y disparatado que sea el deseo de alabanza, en una criatura como el hombre, no debe ser enteramente desalentado, porque á menudo produce efectos muy buenos, no sólo porque le retrae de hacer lo que es bajo y despreciable, sino porque le impele á acciones grandes y gloriosas. El principio puede ser defectuoso ó culpable, pero las consecuencias que produce son tan buenas, que por el bien de la humanidad no debe ser extinguido.

Cicerón observa que los hombres dotados de mayores talentos, son los más animados de la ambición; y si consideramos á los dos sexos, creo que encontraremos este principio más fuerte en las mujeres que en los hombres.

La pasión de alabanza, tan vehemente en el bello sexo, produce excelentes efectos en mujeres de buen sentido, que desean ser admiradas en lo que sólo merece admiración, y creo poder observar, sin hacerles un cumplimiento, que muchas no sólo siguen uniformemente el sendero de la virtud, sino que tienen una consideración infinitamente más grande por su honor que la que encontramos en la generalidad de nuestro sexo. ; Cuántos ejemplos no tenemos

de castidad, felicidad y devoción! ; cuantas mujeres no se distinguen por la educación de sus hijos, el cuidado de sus familias y el amor de sus maridos, que son las grandes cualidades y perfecciones de la mujer! Conducir la guerra, ejercer el comercio, administrar la justicia, son las cualidades que procuran fama á un hombre y lo hacen popular. Pero así como esta pasión de alabanza, cuando es guiada por la razón, aumenta la belleza de las mujeres, en todo lo que es laudable, así nada es más nocivo cuando la conduce la vanidad y la locura. Lo que llevo dicho se refiere únicamente á aquellas mujeres que por ciertas razones que el lector comprenderá en seguida, distinguiré con el nombre de ídolos. Un ídolo se ocupa constantemente en adornar su persona. Se percibe en todas las posturas de su cuerpo, en el aire de su semblante, y en los movimientos de su cabeza, que su ahinco y empleo es ganar adoradores. Los ídolos aparecen en todos los lugares y asambleas públicas, con la mira de atraer hombres á su culto. El teatro se ve á menudo lleno de ídolos, y algunos de ellos establecen su culto aun en la iglesia. Sus adoradores deben usar el lenguaje propio de la deidad. Los ídolos son dueños de vida y muerte; las delicias del cielo y las penas del infierno están á su disposición, el paraíso en sus brazos, y la eternidad en cada momento que se pasa lejos de ellos. Raptos, éxtasis y transportes, son las recompensas que confieren; suspiros y lágrimas, ruegos y dolores penetrantes, las ofrendas que se les pagan. Su sonrisa hace á los hombres afortunados, y su ceño les causa desesperación. Agregaré únicamente á este respecto, que el arte de amar de Ovidio es una especie de ritual pagano que contiene todas las formas de culto que se pagan á un ídolo.

Me sería tan difícil contar las diferentes especies de ídolos como á Milton numerar los que fueron adorados en Canaán y las tierras adyacentes. Muchos de ellos son adorados como Moloch con fuego y llamas. Otros, como Baal, gustan ver á sus votarios heridos, golpeados y derramando sangre. Algunos, como el ídolo de que hablan los libros apócrifos, necesitan ser festejados y que se les preparen colaciones todas las noches. Cierto es que algunos ídolos han sido tratados por sus insensatos adoradores, como los ídolos chinos, que son azotados y castigados cuando relusan cumplir con los ruegos que se les hacen.

Debo observar que los ídólatras que adoran á los ídolos de que hablo, difieren mucho de todas las otras especies de ídólatras, porque así como otros riñen porque adoran diferentes ídolos, estos ídólatras se disputan porque adoran al mismo. De consiguiente, la

intención del ídolo es enteramente contraria al deseo de los ídólatras; así como cada uno de éstos desea confinar el ídolo para sí, todo el prurito del ídolo es multiplicar sus adoradores. Este capricho de un ídolo es bonitamente descrito en una novela que representa á uno de ellos sentado en la mesa con tres de sus votarios, que todos lo cortejan y le hagan adoraciones. El ídolo sonríe á uno, bebe á la salud de otro y toca con el pie bajo de la mesa, el pie del tercero. Ahora ¿cuál de estos tres, dice el autor, pensáis que es el preferido? y contesta, á la verdad ninguno de ellos.

Este pasaje de dicho poeta, me recuerda á la bella Clorinda uno de los mayores ídolos entre los modernos. Es adorado cada semana á la luz artificial, en medio de una concurrencia llamada generalmente tertulia. Algunos de los jóvenes más alegres se esfuerzan en colocarse ante los ojos de Clorinda, mientras ésta se halla sentada en forma con multitud de bujías que arden en rededor suyo. Para animar el celo de sus ídólatras da, antes de abandonar su asiento una señal de favor á cada uno de ellos. Dirige una pregunta á uno, cuenta una historia á otro, guiña á un tercero, deja caer su abanico como por accidente para procurar al cuarto el placer de levantarlo. En fin, cada uno se encuentra satisfecho de su buena fortuna, y animado para renovar sus devociones á la misma hora canónica, el mismo día de la semana próxima.

Un ídolo puede dejar de ser adorado por muchas causas accidentales. El matrimonio particularmente, es una especie de contra-ateosís ó deificación invertida. Cuando un hombre se familiariza con su diosa pronto degenera ella en una mujer.

La vejez menoscaba igualmente la influencia de un ídolo. La verdades que no hay ser más desgraciado que un ídolo sobrecargado de años, sobre todo cuando se ha acostumbrado á ciertos aires y manejo que sólo son graciosos cuando sus adoradores le cercan.

Considerando pues, que en estos y otros muchos casos la mujer generalmente sobrevive al ídolo debo volver á la moral de mi ensayo de hoy é invitar á mis bellas lectoras á dirigir reamente su pasión de ser admiradas. Para conseguirlo deben esforzarse en hacerse objetos de admiración racional y perpetua. No deben esperar esto de la belleza, el vestido, ni la moda, sino de aquellos ornatos interiores que ni el tiempo, ni las enfermedades pueden desfigurar, y que siempre aparecerán más amables á los que han tenido mayor ocasión de apreciarlos.

FIN

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO SEGUNDO.

Cartas de Lord Chesterfield á su hijo Felipe Stanhope.....	4 á 234
Cartas del mismo á la viuda de su hijo.....	232
Carta del mismo á sus nietos Carlos y Felipe Stanhope.....	237
Cartas del mismo á su ahijado y heredero sobre el arte de agradar.....	239
Carta del mismo á su ahijado y heredero para que la recibiese después de su muerte.....	265
<i>Trozos selectos de Lord Chesterfield y de otros Autores ingleses, recomendados por aquél á su hijo, como modelos de invención claridad y elegancia.</i>	
CHESTERFIELD.... Vestidos de las mujeres.....	273
Pretensiones de los hombres.....	277
Afectaciones de los hombres.....	281
Afectaciones de las mujeres.....	285
Costumbre de pintarse las mujeres.....	290
Viaje cómico de una familia inglesa á Paris.....	294
Del poco beneficio que saca la juventud de sus viajes.....	300
Borrachos de calidad.....	304
Espíritu de partido.....	312
ADDISON..... Diseción de la cabeza de un petimetre y del corazón de una coqueta.....	315
Distribución de recompensas por la Diosa de la Justicia.....	320
Conveniente empleo del tiempo.....	326
Mérito comparativo de ambos sexos.....	330
Impropiedad del orgullo.....	333
Los tres caminos de la vida.....	335
Esfuerzos de los hombres para libertarse de sus aflicciones.....	343
Visión del convite de la inmortalidad.....	347
Descubrimientos del microscopio.....	352
Dificultad de alcanzar la virtud y la poesía.....	355
Elocuencia femenil. Diferentes clases de oradoras.....	360
Quejas de los hombres — Júpiter y los Destinos.....	366
Astucias de Juno para recobrar el amor de Júpiter.....	369
Maridos celosos.....	374
Reglas para curar los celos.....	375
Un tapicero hombre de Estado.....	379